



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
I. APUNTES SOBRE NUESTRA ÉPOCA	
1. Sexo en Nueva York	19
2. Mr. Potato cancelado	25
3. Whiskas, Satisfyer y Lexatin	29
4. Generación Épsilon.....	35
5. Un mundo (aún más) feliz	41
6. Palabras	45
7. Obreros que votan mal.....	51
8. La ley innata	57
9. El ataque	61
10. Crónica sentimental de los 90.....	65
11. Volver	75
II. FORMAS	
12. <i>Buy your pride</i>	81
13. Los hombres y los pantalones cachuli	85
14. Blando es el nuevo macho.....	89
15. <i>The Chap</i> : una oda al <i>tweed</i>	95
16. Hombres elegantes.....	103





III. PERFILES

17. Zemmour para iniciados	111
18. Y Soral creó la disidencia	117
19. Bea (Fanjul).....	125
20. <i>You sexy thing</i> , Almeida.....	129
21. Marqués de Tamarón: en el otoño de la varonil edad	133
22. Filósofos.....	141
23. Sé como Sartre	145
24. Un amigo como Sender	151

IV. AMOR

25. Abuelos.....	159
26. Maternidades	165
27. <i>Mellanzane alla parmigiana</i>	171
28. Lo de Cuca	175
29. Apología de lo eterno.....	179
30. Con Rilke	183
31. ¡Levantaos, sí, levantaos!.....	187

V. Y TRES RELATOS

32. Heroína de barrio	195
33. Lili	199
34. Faralaes.....	205

EPÍLOGO. ENSANCHAR LA VENTANA	215
-------------------------------------	-----

AGRADECIMIENTOS.....	221
----------------------	-----





INTRODUCCIÓN





En 2011 yo tenía un blog como todo hijo de vecino. Como otros escritores tienen una granja en África, una enfermedad venérea, el corazón roto o la ambición de ganar el premio Mariano de Cavia.

Escribía en él sin pretensiones, ahora pienso que también sin una motivación específica. Lo hacía de manera irregular, a demanda del sistema límbico, como un bebé de pecho, o del corazón bombeando desordenado y tumultuoso, sin respeto –literario– por los eventuales lectores. Y el caso es que los tenía. Provenían casi en su totalidad de mi círculo más próximo y me animaban a continuar. Yo sospechaba que, más que la calidad de los escritos, les movía el cotilleo. Cuando me incorporé a redes sociales, tardísimo, como hago con cualquier *modernex*, comencé a difundirlos por ese medio.

Muy poco a poco, a los lectores primitivos del blog se fueron sumando otros anónimos. Mis seguidores crecían a la par que mi inconsciencia. Así pues, no tengo una historia de una gran vocación detrás, o de diarios y cuentos escritos a la edad de tres años, ni de no recordar querer ser otra cosa en la vida que escritora. Nunca antes había escrito, nada estuvo planeado. Poniendo a prueba el criterio de los que me jaleaban, me presenté a un par de certámenes literarios que gané.

El reconocido periodista Gonzalo Altozano pidió mi contacto a un amigo común tras leer algunos de mis textos. Me escribió un correo electrónico presentándose sin mucho formalismo; me dijo que no entendía qué hacía oculta en la *deepweb*, que quizá era mejor porque no había podido adquirir vicios –como escritora– y que prefería mi versión poligonera –siempre como escritora, espero– que como «ancianita de la liga de la decencia».





Me propuso una colaboración en el medio que dirigía y yo cumplí mi sueño de ser descubierta en el metro por un cazatalentos como las súper modelos de los 90. Mi fenotipo no me llevó a las pasarelas internacionales en la adolescencia pero, desde entonces, llamo a Altozano el John Casablancas del periodismo. No me quiten esa ilusión de fantasía púber realizada.

Un año después llegó «Whiskas». Antes, los acontecimientos se habían ido sucediendo de forma asombrosa para mí. El director de *El Debate de Hoy*, Pablo Velasco, me había ofrecido otra colaboración en su medio, me habían pedido un artículo desde la publicación británica *The Chap* y el prólogo de un libro, y me habían invitado a algunos *podcasts*.

Tenía en mente buscar tema para mi entrega de diciembre de 2020 para *El Debate* cuando me topé con el ingenio del tuitero Ignacio Raggio. Sobre la imagen de la portada del número del mismo mes de *The New Yorker* había escrito: «Whiskas, Satisfyer y Lexatin». En ese momento decidí que ese título, esa frase que con sólo tres marcas publicitarias definía la posmodernidad de muchas, no podía quedar sin desarrollar. Pedí permiso a Raggio para usarla y escribí el artículo con la intención de denunciar cómo las opciones y modelos que la sociedad propone a las mujeres jóvenes estaban abocándolas, quizá sin ser ellas conscientes, a un futuro de frustración e infelicidad. Lo envié con la eterna inseguridad de si el trabajo estaría a la altura de las expectativas y la confianza depositada en mí.

El día de la publicación fue un desmadre. El artículo empezó a ser compartido, a cosechar comentarios elogiosísimos, duras críticas –aún no he conseguido entender





que cierto sector se enfurruñara—, mensajes privados, seguidores e invitaciones a conferencias. También, es curioso, puso a prueba amistades. Con todo, la peor parte se la llevó Raggio, que libraba su propia batalla contra presentadoras de *La Sexta* y otras hierbas de la España Movistar que se sintieron aludidas. En su particular quilombo, denunciaron su cuenta de Twitter y yo tuve que proteger la mía para no correr la misma suerte.

Ese día sobreviví a «Whiskas» gracias a Borja MF (¡eterno agradecimiento!) y a la química moderna. También ese día descubrí que *estepaís* es otro rollo. Con sus vicios nacionales y sus susceptibilidades. Pero hay que quererlo así.

El artículo de marras me ha permitido contar con la confianza de Cristian Campos para publicar en *El Español*, y ser invitada a coloquios y charlas. Lo que nunca esperé fue recibir correos con testimonios de lectores que me agradecían la oportunidad de reafirmar sus decisiones de ir contracorriente en la gestión de su juventud.

En este libro encontrarán una recopilación de artículos publicados antes y después en distintos medios (*El Debate de Hoy*, *Revista Centinela*, *El Español*, *La Iberia* o mi blog). Fue con el *spin off* del blog, al comenzar los «cameos», cuando vi que «la cosa» se ponía seria. Cuando comenzaron a surgir las dudas.

El carácter lúdico que hasta entonces yo atribuía a la escritura pasó a mostrarme la cara amarga, la de abrir la herida, que es la que hermana con el lector. En ese momento aparecieron las preguntas sobre qué es escribir. Por qué lo hacemos. Yo creía tenerlo claro; solo había una pregunta y era un para quién. «Escribimos para que nos quieran», solía afirmar, categórica. Cuando escribimos somos niños haciendo monerías delante de las visitas,





pavos reales desplegando la cola, escaparates con neones. El escritor Ramón J. Sender, a quien dedico uno de los artículos, compartía la siguiente reflexión con Carmen Laforet, autora de la novela *Nada*:

Si tienes la sensación de plenitud que da una vida lograda y feliz, ¿para qué escribir? ¿Para enriquecer a algún editor idiota? ¿Para que le hagan a uno académico y lo lleven a ese panteón con las otras momias? ¿Para decir a la gente sencilla y sana *mira qué listo soy*? ¿O *qué complicado*? ¿O *qué pícaro*? ¿Para hacer lo que Narciso en la fuente? A todos nos va a llevar el diablo, un día no lejano.

Julio Camba decía que la escritura era la profesionalización de la tara psicológica. Yo qué sé. Es muy fácil ver cuándo una amiga sale con un tipo indeseable; cuesta un poquito más si el chorbo defectuoso es el propio.

La compilación de lo escrito a lo largo de uno o dos años produce vértigo. De repente, una empieza a pensar en quién va a leerle. Y entonces te felicitan amigos del colegio, y caes en que puede que aquéllos que hayan derrapado hacia la socialdemocracia no te avisen en la próxima reunión de antiguos alumnos. Exnovios que levanten una ceja al pasar por una librería y ver tu nombre escrito en una portada, profesores, antiguos jefes o familia que pensaba que del caos nunca nacería el talento. Escribir es escandalizar a tus padres. Por no hablar de los lectores que no te conocen y a los que te gustaría explicar que sueles usar la ironía y que en el fondo eres todo bondad. O como decía Gistau parafraseando Camba: «No me tomen demasiado en serio pero tampoco demasiado a broma».





La selección de artículos realizada por los responsables de Ediciones Monóculo es ecléctica y aún así forma un conjunto que trata de poner el acento en la configuración de nuestra sociedad y nuestras almas. Mi gran amigo Juan Pérez de Guzmán me anima a menudo a descubrir personajes de la política francesa que aportan una altura de debate a la que no estamos acostumbrados en España. A tales perfiles les he dedicado algunos textos, tratando de que la escritura compensara la aridez del tema tratado en su caso. Los perfiles de personajes patrios y el retrato sociológico también ocupan buena parte del libro y constituyen un género que me satisface especialmente escribir. A los lectores, en cambio, les suelen satisfacer los dedicados a la intimidad.

Escribir es representar, en cada texto, el soneto *Los varios efectos del amor* de Lope de Vega, aunque por ahora lo hacemos –como dirían Los Ronaldos– porque nos gusta y porque nos divierte. El «fénix de los ingenios», por cierto, fue tan prolífico que hablaba así de su capacidad y su obra:

Más de ciento /en horas veinticuatro/ pasaron de las musas al teatro.

Las musas para Lope eran su propia vida: sus amores carnales, sus experiencias místicas, sus malas relaciones con el poder y con los colegas...

Algo me dice que vamos por buen camino. Acuérden-se de Camba.

